

Tatiana, Sidorenko, *La transformación económica en la Rusia poscomunista*, México, El Colegio de México, 1997, 189 p.

José Manuel Prieto

Rara es la reforma económica que suscita consenso en cuanto al modo en que es llevada a cabo. Mientras unos abogan por un avance más rápido de los procesos reformistas, otros la acusan de ser demasiado rápida, de no tomar en cuenta las peculiaridades y tradiciones del país a reformar, de querer aplicar una fórmula general que en la mayoría de los casos no es ajustada a un entorno específico. En *La transformación económica en la Rusia poscomunista*, Tatiana Sidorenko señala que la reforma de la compleja y *sui generis* economía rusa constituye un reto sin paragon histórico cuya rapidez y efectividad debe ser medida a partir de sus propios logros sin caer en la comparación fácil. Ni el éxito relativo de Polonia o de la República Checa son de mucha utilidad para este análisis.

Para muchos analistas, el grupo de economistas que comenzaron las reformas de la vasta, compleja y deficiente economía rusa cometieron mayores torpezas que aciertos. Al anali-

zar los orígenes de los procesos inflacionarios desatados a partir de 1992, Sidorenko señala que los reformistas encabezados por Egor Gaidar, un economista de 36 años en aquel entonces, no supieron mantener una coherente política fiscal que garantizara el éxito de la terapia de choque, cedieron ante las presiones políticas y permitieron que la inflación se disparara a niveles de hasta 2 600% anual en ese mismo año. Esto ha convertido la lucha antiinflacionaria en la prioridad número uno de los gabinetes que se sucedieron en Rusia hasta 1995. Sólo a partir de 1996, año en que la política de estabilización macroeconómica comenzó a dar frutos, esta tendencia ha sido revertida.

La privatización del emporio económico soviético fue llevada a cabo mediante dos mecanismos fundamentales: el sistema de *vouchers* —certificados de privatización con un valor nominal de diez mil rublos, menos de cien dólares— que podían ser utilizados para comprar las acciones de las

empresas a privatizar, y la concesión a los trabajadores de prioridades en la compra de acciones de sus empresas. La combinación de ambos mecanismos permitió que la privatización ocurriera; sin embargo, los ciudadanos de Rusia sólo resultaron propietarios nominales. En la práctica, los directores de estas empresas se convertían en los dueños reales. Este fenómeno permitió la aparición del capitalismo de *nomenklatura*, es decir, liderado por los antiguos funcionarios del régimen soviético.

Otro de los fallos emblemáticos de la reforma ha sido su incapacidad para resolver el secular problema del campesino ruso. Entre 1992 y 1994 la televisión rusa mostró extensos reportajes sobre la vida de los granjeros en los Estados Unidos. El mensaje de estos programas, todos fomentados por el gobierno, era claro: Rusia debía convertirse en un país de granjeros a semejanza de los Estados Unidos. Sin embargo, a pesar de que el número de granjeros aumentó de 4 432 en 1991, a 280 000 en 1995, poco se avanzó en este sentido. Todavía se sigue debatiendo el tema de la compra y venta de la tierra, y si bien la Constitución rusa de 1993 proclamó el derecho a la propiedad privada de la tierra, la Duma, con una mayoría comunista, se opone a ello. En contraste con las reformas chinas, que comenzaron precisamente por el campo, la reforma agraria en Rusia no ha tenido el éxito esperado, si bien es verdad que no se cumplieron los vaticinios de hambre.

A pesar de todo esto, de entre las ruinas del anterior sistema ha surgi-

do un nuevo empresariado. Sidorenko distingue tres etapas de este fenómeno: Una primera que empieza en 1987 con la aparición de las primeras cooperativas o pequeñas empresas particulares. La segunda, a partir de 1990, cuyo comienzo se dio con la aparición de bolsas comerciales que buscaron suplantar el viejo sistema soviético de distribución de bienes y servicios. Y una tercera en 1992 caracterizada por la privatización masiva de las empresas estatales y por la acelerada creación de grandes empresas de capital privado, prioritariamente en el sector bancario, comercio y servicios.

Con todo este panorama de fondo, el costo social de las reformas ha sido enorme. Sidorenko señala que para 1996 los niveles de consumo se habían desplomado: 22% de los habitantes de la República Rusa se encontraba por debajo de los límites de la pobreza. El índice de desempleo se elevó a 9.3% de la población económicamente activa.

Si bien Sidorenko no se detiene demasiado en el análisis de la aparición y proliferación de las mafias, cabe señalar esto como un fenómeno asociado a la reforma, que ha permeado todas las esferas de la nueva economía rusa. A partir de 1996, luego del decisivo apoyo del influyente banquero Boris Berezovski para la reelección de Boris Yeltsin, muchos en Rusia comenzaron a hablar del peligro oligárquico, del comienzo de una peligrosa tendencia que podría significar el comienzo de una espiral de corrupción, lo que algunos analistas han dado en llamar la *latinoamericanización* de Rusia.

La transformación económica en la Rusia poscomunista despliega su argumentación sobre una amplia base bibliográfica, mayoritariamente de autores rusos, lo cual la convierte en una fuente de primera mano para el interesado en el espacio postsoviético. Sin embargo el economista mexicano podrá hallar en este libro curiosos paralelos con los procesos de

privatización de la era salinista: privatización de conglomerados estatales en algunos casos a precio de ganga, y procesos acompañados de graves irregularidades.

El análisis de Sidorenko arroja, no obstante, un balance positivo: Rusia ha avanzado en su tránsito hacia una economía de mercado y ese tránsito parece irreversible.